

POESIA



Conquistaré el azul ávido de plumaje.

MIGUEL HERNÁNDEZ

PAJAROS

PÁJAROS duros, amarillos, lívidos,
toscos pájaros negros,
abren extensas alas
escupiéndonos fuego.

Pájaros de la muerte, cada día
violentan claros sueños;
y están arriba, abajo,
junto a nosotros, dentro.

Pájaros duros, amarillos, lívidos,
toscos pájaros negros,
van devorando todo
sin saber que están muertos.

Y persisten semanas, meses, años,
como si fueran dueños
de tu alma y de la mía
sobre el vasto desierto.

LA MADRE

ESTA tranquila noche
veo su rostro de bronce:
esta tranquila noche.

Ya en la puerta me dijo:
«Regresaré muy pronto»;
y añadió otras palabras
que ahora no recuerdo.

(Lágrimas yo tenía,
y él tristeza en los ojos.)

Mi hijo había nacido
en los campos del Sur,
flexible como espiga,
brillante como luz.

Árboles abatía
y amaba las estrellas;
incansable cazaba,
incansable reía.

Aquella noche estaba
triste en su traje nuevo,
como liebre en el cepo,
como sol en espejo.

Ya en la puerta me dijo:
«Regresaré muy pronto»;
y añadió otras palabras
que ahora sí recuerdo.

«Regresaré muy pronto.
Madre: el mundo será
libre para los negros.»

¿Cómo no ha vuelto ya?

¿A quién él canta y cuenta,
y con quién danza y sueña
en las selvas del cielo,
esta

tranquila

noche?

ASEPSIA

Mucha asepsia,
perfectísima asepsia.

Enormes hospitales
y limpias ambulancias.
Cómodas oficinas,
fábricas reguladas.

Y el amor, al alcance de la mano;
pero siempre con orden.

Por aquí, los vehículos potentes;
por allí, los nutridos transeúntes.

Y la temperatura, gobernada;
y el cielo, cualquier día.

Mucha asepsia,
perfectísima asepsia.

No hay tremendos problemas económicos,
ni problemas sexuales.
Todo se arregla, todo,
con máxima limpieza.

Y si el alma se ensucia
—cosa frecuente: es cierto—,
llevadla sin temor
al buen psicoanalista.

Todo fácil, conciso.
Se acabó el sufrimiento.

Sí, my friends.

Por aquí, los vehículos potentes;
por allí, los nutridos transeúntes.

Los blancos, por aquí;
y por allí, los negros.
Qué remedio:
perfectísima asepsia.

EL CANTO

SENTADO en un café,
mientras escucho a doctos;

en el metro viajando,
apretado entre prisas;

caminando por calles populosas.
solo entre compañías;

soñando con mis libros
en un cuarto de hotel:

constante y vanamente
busco un alma que cante.

Pero si pongo oído
en un tronco de árbol;

en el asfalto yerto,
en la tierra del campo;

en una esquina fría,
en los abiertos patios de un colegio;

en el pecho desnudo
de un mendigo cualquiera;

o quizá de un poeta
al parecer tranquilo:

puedo entonces sentir la voz de España
cantando
nuevamente.

VENTURA DORESTE